

La democracia cristiana y el centro

LINA ORTAS BLANCO

DESDE la muerte de UCD, el espacio sociológico y político de centro en España se busca o se cuestiona. Dado que el centro ganó dos elecciones consecutivas, la añoranza por aquel centro perdido, pero existente en la sociedad española, persiste en la mente de los políticos y electores, por mucho que algunos lo cuestionen y definan como una simple situación de equidistancia entre derecha e izquierda. El centro como ideología política es, y no simplemente está, de acuerdo con la clara diferencia que esos dos verbos tienen en la lengua castellana. La democracia cristiana, hoy vertida en los partidos demócratas populares de Europa y América, es el centro ideológico y político, que tiene su historia de pensadores y concepto de síntesis.

El centro, que históricamente ha ocupado la democracia cristiana entre liberalismo y socialismo, no es de simple situación, sino de concepto, actitud y talante. Algunos de los pensadores y filósofos que han conformado la ideología de los demócrata-cristianos, como son Maritain y Mounier, han insistido en la idea del hombre como persona que trasciende la mecánica del individuo o simple miembro de una colectividad como protagonista.

El liberalismo ha visto al hombre como individuo, poniendo siempre el acento en la dimensión individual de la persona y olvidándose no pocas veces de su dimensión social. Por el contrario, el socialismo ha considerado al hombre como simple miembro de una colectividad, sin tener en cuenta generalmente su dimensión individual. Esta idea la expresó acertadamente un autor de la generación del 98 con la siguiente frase: «La derecha no entiende la izquierda, tampoco tienen ambas dormida la mitad del alma.» Sólo la democracia cristiana contempló al hombre en su visión integral, como individuo y ser solidario en una sociedad. Al asumir los valores de libertad y justicia en una visión unitaria del hombre, sin reduccionismos de ningún tipo, la democracia cristiana se configuró claramente como centro.

El humanismo cristiano es siempre personalista y no ha contemplado el colectivismo, pero sí la participación pluralista amplia. El equilibrio de libertad y justicia ha estado siempre presente en los programas

políticos de los partidos demócrata-cristianos.

El profesor M. Fogarty explica en su «Historia e ideología de la democracia cristiana en la Europa Occidental» que «un cristiano-demócrata criticará el punto de vista liberal como demasiado individualista... Su propio punto de vista —diría— es personalista en cuanto pone el acento en todas las dimensiones de la personalidad; tanto social como la individual, la trascendente igual que la puramente humana». «Los cristiano-demócratas comparten con los socialistas la apreciación de la importancia de los derechos de la colectividad, especialmente los del Estado. Pero se apresuran a añadir que no son colectivistas, en el sentido de sobreestimar el papel de ningún grupo social y notablemente el del Estado frente al hombre. Al contrario, son solidaristas en el sentido de pensar siempre sobre las colectividades como cosas puestas al servicio del individuo y no como cosas superiores a él.»

En el terreno de la filosofía política, Maritain rechazaba «el liberal capitalismo como último residuo ante la concepción naturalista del hombre». La democracia cristiana en Europa ha sido sistemáticamente el centro político durante todo este siglo, respecto al liberalismo, que llegaba del XIX, y el socialismo, que se plasmó en el XX. Ha sido toda una realidad de centro y no una simple estrategia de posiciones.

Actualmente, los partidos demócrata-cristianos han dejado de ser confesionales, por mucho que los

principios cristianos los hayan informado. Por eso, la democracia cristiana se ha transformado en los partidos demócratas populares, no confesionales, y son éstos los que ocupan ese centro ideológico que siempre existió. Las etiquetas confesionales han desaparecido, porque es más amplio el espectro social que asume los valores defendidos históricamente por los democristianos. La secularidad de la vida política es un hecho y, como veía Maritain, hay que «aceptar el pluralismo y la legítima autonomía de lo temporal». Quizás en España cueste más entender todo esto, después de salir de un régimen confesional sui géneris que duró cuarenta años.

La síntesis popular acoge en su seno un ámbito mayor, por cuanto ha dejado de ser confesional, sin renunciar a sus principios de inspiración cristiana. Son partidos de respeto a la persona individual y a la persona solidaria en sus diversos ámbitos sociales. Los partidos demócratas populares son interclasistas, como así lo fueron los diversos grupos cristianos que jalonaron la historia de la democracia cristiana.

El centro no es «una indefinición como forma de obtener el triunfo electoral», tal y como alguien ha apuntado. Precisamente los diversos partidos de hoy tratan de converger hacia el centro, porque éste responde mejor a la visión integral del hombre. Pero esa visión, individual y socialmente, asumiendo los valores de libertad y justicia, la ha tenido siempre, durante toda su historia, la democracia cristiana, y por ello le corresponde por derecho propio el espacio de centro hoy representado en los partidos demócratas populares.

Todo esto no quiere decir que el único y excluyente protagonismo de centro le corresponda a los partidos políticos populares. Sin querer monopolizar ese centro, interclasista, plural y solidario, con plena asunción de los valores de libertad y justicia, lo cierto es que los partidos de inspiración democristiana ostentan hoy con toda legitimidad el buscado y cuestionado centro.

Como diría el citado autor del 98: la democracia cristiana no ha tenido nunca «dormida la mitad del alma».

**«La democracia
cristiana
en Europa
ha sido
sistemáticamente
el centro
político durante
todo este siglo»**